

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

Jefe de la sección de Opinión de Diario 16

La infalibilidad del sable

Tras la sentencia por el 23-F, se dibujan con nitidez dos grandes campos políticos: el de los que prefieren no afrontar directamente las relaciones del poder militar con el poder civil y la de los que quieren asumir lo que consideran un reto frontal a la estabilidad democrática. En los próximos meses se comprobará la validez de estas dos alternativas que aquí se analizan.

Uno de los más grandes españoles de nuestro siglo, Miguel de Unamuno, escribía en un texto crucial, «*La crisis del patriotismo*», palabras de preocupación y denuncia sobre la tendencia de muchos españoles de importancia, españoles con responsabilidad en los asuntos de nuestra patria, a aceptar sin mayores problemas «el incipiente dogma de la infalibilidad del sable»

Lo que Unamuno denunciaba, en puertas del golpe de Primo de Rivera, que lo llevó a exilio, era la pobreza de espíritu de la clase política y de la prensa — «nuestra prensa de mentira» — a la hora de defender los principios de la sociedad civil, es decir, la organización de la sociedad con arreglo a los principios del derecho común, sin jurisdicciones especiales ni privilegios particulares de la Iglesia o el Ejército, baluartes tradicionales en nuestro siglo de la resistencia a la renovación de la sociedad española

Uniformes

Cualquier militar que hoy quiera, como supongo que quieren todos, profundizar en el sentido de los españoles, en los valores específicos de nuestra historia y nuestra cultura, y en la razón de ser de España en el mundo, tendrá que acudir a las páginas candentes de Unamuno y podrá prescindir tranquilamente de leer los sicalípticos comunicados del dictador que lo desterró. La España perdurable de los años veinte no es la de Primo de Rivera, con pantanos o sin pantanos, sino la de Miguel de Unamuno, nacionalista espa-



Georges Verstrynge.

ñol, «español profesional» que, precisamente por serlo, no admitió nunca que alguien pudiera profesar de español con escalafón, bandera y banda de música

El gran problema que en estos momentos se plantea en la conciencia política de los españoles es, de nuevo, el de creer o aceptar el dogma de la «infalibilidad del sable». Dicho de otro modo el atreverse a tratar con los españoles de uniforme de igual a igual, con el mismo respeto y la misma exigencia que piden para sí mismos a la hora de valorar sus servicios a España

La respuesta a este dilema esencial, tras las sentencias dictadas por un tribunal militar a los encausados por el golpe de Estado del 23-F, está siendo perfectamente coherente con las actitudes de las diversas fuerzas políticas en los años de la transición democrática

En *illo tempore*, se plantearon dos alternativas a la reforma democrática desde el franquismo y la ruptura o intento de constituir pacifi-

camente un nuevo orden político. Aquellos bloques, prácticamente desdibujados después de cinco años, vuelven a perfilarse hoy a la hora de plantear el inmediato futuro de la nación tras el golpe de Estado del 23-F

Franquismo

El franquismo legaba una hipoteca histórica: la guerra civil, que es la que puede considerarse sociológicamente superada después de los cinco años de incorporación a la convivencia democrática. Pero, además, legaba una hipoteca de Estado: la tutela militar sobre el poder civil, que si bien era fruto natural de la guerra, había adquirido formas estrictamente corporativas después de cuarenta años de descanso guerrero y conversión burocrática

Para constituir un nuevo Estado había que pagar estas dos hipotecas. La primera se resolvió, mejor que peor, con aquello de la «ruptura pactada», que era una manera de aceptar la reforma o reconversión del aparato de Estado. Con chapuzas y contrasentidos, aquellos plazos acabaron por pagarse y no hay quien pueda volverse atrás

Pero la segunda hipoteca, la del «rumor de sables» que se evoca en cada coyuntura conflictiva, como si aquellos versos becquerianos «rumor de besos y batir de alas» se tratase, no solamente no se ha pagado, sino que empieza a resuñar una pesadilla para el hipotecado, que es el régimen constitucional

Los dos bloques políticos que ahora se dibujan en España, el fraguista y el de centro-izquierda, se dife-

rencian en su modo de afrontar esta deuda de intereses exorbitantes. Tras las sentencias del 23-F, se han manifestado dos posturas: la de quienes como el secretario de Alianza Popular, Georges Verstrynge, se inhiben ante cualquier decisión militar, simulando bajo forma de no se sabe qué respeto ancestral su verdadera opinión sobre la actuación de los jueces de un delito de Estado, no simplemente militar, y la de los que, con cierto halo de desesperación, se manifiestan absolutamente opuestos a las formas de actuación de los tribunales militares, por echar a pique cualquier pretensión de fundar un estado de Derecho creíble

En los próximos meses la vida política española va a tener que definirse en torno a este eje fundamental: cómo plantear la relación del poder militar con el poder civil. La postura derechista es que la transición está hecha y la hipoteca de la guerra civil amortizada, y que para garantizar la estabilización hay que «dejar tranquilos a los militares». Conviene precisar que ésta ha sido la postura del ministro de Defensa de Calvo-Sotelo hasta la fecha, así como la del director de RTVE para abordar el juicio del 23-F

Estabilización

En segundo lugar, están quienes se dan cuenta ahora — empezando por esa calamidad institucional que es el PSOE —, que la situación jurídica y política del Ejército está en contradicción con el ordenamiento político que se pretende. Para ellos, y en esto siguen un sentir generalizado, las sentencias del 23-F han sido un mitin militarista, una revancha inaceptable sobre el poder civil. Cabe esperar ahora una reacción razonable, no una rabieta

El caso de los otros es más grave: pueden confundir el respeto con la adulación, la inhibición con el silencio y el respeto al Ejército con el miedo al golpe. Y como el miedo es libre, ya empiezan a considerar «destabilizadoras» las críticas legales y razonables a las sentencias dictadas

Lo malo es que se intentó gobernar España de aquí a seis meses partiendo del axioma de someterse a «los que no dejan gobernar». Si la UCD ha hecho poco por estabilizar la democracia, esta mayoría natural de creyentes en el dogma de la «infalibilidad del sable» pueden hacerlo todo para desestabilizarla sin remisión